

Lo que hacen los mejores profesores

Jaime Nubiola*
jnubiola@unav.es

Hace unos pocos meses dicté un curso en la Universidad Autónoma de Chihuahua para medio centenar de profesores acerca de la docencia, la investigación y las tareas de servicio que la sociedad del siglo XXI demanda del profesor. Guardo buen recuerdo del curso, del agradecimiento de los asistentes y de la generosa hospitalidad de quienes me invitaron. En particular, me llamó la atención el impacto que causó a varios de los profesores mi presentación de las líneas maestras del libro de Ken Bain, *What the Best College Teachers Do*, publicado en Harvard University Press en el 2004 y traducido al español en el año 2006 por la Universidad de Valencia.

La lectura de este libro me resultó en su día muy sugestiva. Aunque esté centrado en la vida académica norteamericana —que es una realidad muy distinta de la vigente en México—, puede ayudar mucho a quienes quieran aprender de la experiencia de los mejores profesores estadounidenses. El libro es fruto de una investigación de más de quince años que dirigió Ken Bain, en la actualidad Vicerrector de Educación de la Montclair State University, en New Jersey. El núcleo de la investigación consistió en el análisis de las prácticas docentes de un grupo de 63 profesores universitarios, elegidos no por el número o el impacto de sus publicaciones científicas, sino por el efectivo influjo que con su enseñanza habían tenido en la vida de sus estudiantes.

Estos profesores, por supuesto, saben mucho de su materia y verdaderamente la dominan, pero un rasgo que les caracteriza es que "tienen un sentido inusualmente agudo de la historia de sus disciplinas, incluyendo las controversias que ha habido en ellas, y esa comprensión parece que les ayuda a reflexionar de manera especialmente profunda sobre la naturaleza del pensamiento en sus áreas" (p. 36). Sin embargo, su rasgo más distintivo es que están interesados por encima de todo en que sus alumnos realmente aprendan y para lograrlo están dispuestos a cambiar sus métodos, sus actitudes y todo lo que sea preciso.

Este es el resultado clave de esa investigación y la enseñanza principal para quienes nos dedicamos a la educación. "Buscamos personas —explica Bain al principio de su libro— que sí pueden conseguir peras de lo que otros consideran que son olmos, personas que ayudan constantemente a sus

estudiantes a llegar más lejos de lo que los demás esperan" (p. 18). "Los mejores educadores piensan en su docencia como algo capaz de animar y ayudar a los estudiantes a aprender" (p. 62). No se plantean sólo los resultados en su asignatura, sino que la cuestión decisiva para ellos es siempre "¿qué podemos hacer en el aula para ayudar a que los estudiantes aprendan fuera de ella?" (p. 65): están muy interesados en el crecimiento personal de sus estudiantes y en qué pueden hacer ellos para lograr ayudarles en ese proceso.

Los mejores profesores no están satisfechos con lo que ya saben, sino que están permanentemente revisando su experiencia, adaptándose inteligentemente a los cambios de los alumnos y a la evolución de su materia. Como escribió el científico y filósofo norteamericano Charles S. Peirce, "la primera regla de la razón —y en cierto sentido la única— [es] que para aprender se debe desear aprender, y al desearlo, no quedarse satisfecho con lo que ya se está inclinado a pensar". Con profesores satisfechos de sus clases y de lo mucho que saben, no hay nada que hacer. Sólo aprende aquel que está dispuesto a cambiar, a cuestionar su modo de proceder habitual para sustituirlo por otro mejor, más eficaz, para lograr con ese cambio que sus estudiantes aprendan todavía más. "Parte de la condición de ser un buen profesor (no todo) —afirma Bain (p. 194)— consiste en saber que siempre hay algo nuevo por aprender; no tanto sobre técnicas docentes, sino sobre estos estudiantes en concreto".

Por supuesto, tampoco es posible hacer nada con profesores descontentos o que han perdido el ánimo, quizá por dificultades personales o de su entorno, y se han llenado de amargura o resentimiento. Hace unas semanas me visitó un profesor de filosofía en secundaria, con veinte horas de clase semanales a sus espaldas durante casi treinta años: "Lamentablemente —me dijo en confianza como símbolo de su derrota— yo me dedico a enseñar a quienes no quieren aprender". Intenté animarle un poco para que afrontara los últimos años de docencia antes de su jubilación con una actitud más abierta, que comenzara por cambiar él mismo un poco: quienes no son capaces siquiera de intentar cambiar personalmente están íntimamente derrotados cada mañana desde antes de entrar en el aula.

El pesimismo lleva al anquilosamiento de las personas y, además, ahuyenta a los estudiantes con lo que se pierden lo mejor de la vida docente. Por el contrario, los alumnos se sienten atraídos por la personalidad y el estilo docente de los profesores que se empeñan en mejorar. Es muy curioso — advierte Bain— que los estudiantes tienen de ordinario una formidable "capacidad para reconocer con extrema precisión, incluso con tan sólo unos pocos segundos de contacto, qué profesores podrán ayudarles efectivamente en el progreso de su educación y cuáles no" (p. 25). Los mejores profesores "tienden a tratar a sus estudiantes con lo que sencillamente podría calificarse

como amabilidad" (p. 30), "escuchan a sus estudiantes" (p. 53) y "evitan el lenguaje de las exigencias y utilizan en su lugar el vocabulario de las expectativas. Invitan en lugar de ordenar" (p. 48). Los mejores profesores, a fin de cuentas, son aquellos que *quieren* a sus estudiantes, quieren que crezcan y ponen al servicio de ese objetivo toda su ciencia y todos sus afanes.

Al atardecer del segundo día de aquel curso en Chihuahua un fuerte golpe en la ventana nos sobrecogió a todos. Se trataba de una paloma, desorientada quizá por el reflejo del sol, que había venido a estrellarse violentamente contra el cristal, cayendo luego al suelo. Pocos minutos después sucedió lo mismo a otras dos palomas con gran susto para los asistentes. Al recordar aquel sucedido viene ahora a mi memoria la hermosa metáfora con la que Daniel Pennac cierra su valioso libro *Mal de escuela* (Mondadori, Barcelona, 2008, pp. 251-253) al evocar la emigración de las golondrinas en su pueblo en los Alpes franceses, y que me limito a transcribir:

«¡Ah, sí, la partida de las golondrinas! Cada año, hacia la misma fecha, se dan cita en el tendido eléctrico. (...) Vuelan a toda velocidad. Llegan del norte en batallones hitchcockianos, rumbo al sur. Precisamente, la orientación de nuestro dormitorio: norte, sur. Un tragaluz al norte, una doble ventana al sur. Y cada año el mismo drama: engañadas por la transparencia de esas ventanas alineadas, un buen número de golondrinas van a estrellarse contra el tragaluz. Nada de escritura esta mañana, pues. Abro el tragaluz del norte y la doble ventana del sur, me meto de nuevo en la cama y nos pasamos toda la mañana mirando las escuadrillas de golondrinas que atraviesan nuestra casa, silenciosas de pronto, intimidadas tal vez por esas dos personas acostadas que les pasan revista. Solo que, a un lado y otro de la doble ventana, dos estrechos postigos verticales permanecen cerrados. Es grande el espacio entre ambos postigos, bastante para dar paso a todos los pájaros de cielo. Y sin embargo nunca falla, ¡tres o cuatro de aquellos idiotas se la pegan siempre contra los postigos! Es nuestra proporción de zoquetes. Nuestras nulidades. No están en la línea, no siguen el camino recto, retozan al margen. Resultado: postigo. ¡Ploc! Caída en la alfombra. Entonces uno de los dos se levanta, toma la golondrina atontada en la palma de su mano —no pesan nada, esos huesos llenos de viento—, aguarda a que despierte y la manda a reunirse con sus compañeras. La resucitada emprende el vuelo, un poco sonada aún, zigzagueando por el espacio recuperado, luego se dirige directamente hacia el sur y desaparece camino de su porvenir.

Ya está, mi metáfora tendrá el valor que tenga, pero a eso se parece el amor en materia de enseñanza, cuando nuestros alumnos vuelan como pájaros enloquecidos. A eso consagran su existencia la señorita G. o Nicole H.: a sacar

del coma escolar a una sarta de golondrinas estrelladas. No lo consiguen siempre, a veces se fracasa al trazar un camino, algunos no despiertan, se quedan en la alfombra o se rompen la cabeza contra el siguiente cristal; estos permanecen en nuestra conciencia como esos agujeros de remordimiento, donde descansan las golondrinas muertas al fondo de nuestro jardín; pero lo probamos siempre, al menos lo habremos probado. Son *nuestros* alumnos.»

Estos dos libros, cada uno con un estilo propio, muestran con claridad que los mejores profesores *quieren* a sus alumnos y que es esto lo que realmente les hace ser los mejores profesores. Recordarlo me parecía la mejor manera de iniciar mi colaboración con *Vanguardia educativa*.

(*) *Jaime Nubiola es profesor de filosofía en la Universidad de Navarra, España.*